



Laura Valenzuela y Joaquín Prat: La confortable cotidianeidad en TVE. Son como de la familia.

## Un mundo feliz

Vicente Sánchez-Biosca

La televisión es de todos o, aún mejor, es para todos. No hay ironía ni reproche alguno en esta afirmación. No soy el único que se extasia, siquiera sea esporádicamente, con los virtuosos despliegues tecnológicos de la última televisión. En los más brillantes juegos de la publicidad, en los caprichos tridimensionales de muchas cabeceras, en las imágenes más digitalizadas y abstractas encuentro a veces este universo delirante que, pese a su probable vacuidad, no me resulta menos atrayente. Con las superficies de pantalla hábiles para múltiples usos crecerán probablemente las virguerías y la condición del espectador será pronto elevada a la magnitud de una suerte de cápsula espacial. Esta conquista se caracterizará por una pérdida absoluta de los confines y generará —ya está generando— un enorme problema táctil.

Pero, muy a pesar de la retórica baudillardiana, la televisión no sólo es eso. También (y, tal vez, sobre todo) ha sabido ofrecernos esa confortable cotidianeidad que nos la hace sentir cerca, muy cerca de nuestras vidas. Nada en estas otras imágenes que sirven de complemento a las anteriores hay de delirante, nada tampoco que incite a la fascinación, nada, por último, que nos atraiga por lo diferente, por el frenesí ni por lo desconocido. Todo, en realidad,

a algunas horas de nuestra programación es conocido y familiar, semejante a lo que podemos contemplar en muchas de nuestras plazas y calles. Los confines están aquí sólidamente garantizados y lo táctil no se encuentra precisamente en peligro.

Tomemos al azar un participante de concurso. Con su jersey ceñidito (preferentemente azul, aunque no es imprescindible), cuello de pico, protuberante panza amenazadora, pantalones en ligera campana, mocasines con la consabida borlita y sus calcetines blancos. Frente a él, un presentador, tal vez picado de viruelas o simplemente adornado con granos abundantes, atizándole un grosero codazo (es un decir), al tiempo que una frase del tipo: «¡Cinuenta mil pesetiitas, no está mal, ¿eh?!» (acentuando la interjección con complicidad y haciéndola coincidir, si fuera posible, con el codazo). Alguna imagen más puede sonar con facilidad: muchas, muchas señoras matutinas, desocupadas o simplemente invitadas por azar a la fiesta, dando palmaditas —siempre al mismo ritmo— cuando algún invitado de honor interpreta un tango, una balada, rock duro o cualquier otra canción y los varios presentadores moviendo sus cabecitas a derecha e izquierda a ritmo pertinaz de vals.

¿Qué hay en todo esto que resulta tan grato? Sin duda lo cotidiano. No hay que irse al carnaval para descubrir lo corpóreo porque este aparatito televisivo nos lo ofrece y, además, nos lo hace amanso, aunque —eso sí— un poquito transformado. Pero, en todo caso, si encontramos esta gratitud de lo cercano. Y es que la televisión tiene vocación de enciclopedia, quiere resumir el saber humano, pero también pugna por albergar toda ignorancia. Presenta las siluetas más deseables, pero también —¿por qué no?— las grasas más cotidianas, coloca en primera línea los neones y la moda, los automóviles de vocación sideral y las metáforas más audaces. Pero, junto a todo esto, incluso formando con ello una indestructible plaza fuerte, deja asomarse a la ventanita esas bocas desdentadas y esos culos gordos, esas pecas (las no estéticas) y esos improprios cotidianos.

La televisión americana nos confirma que no es esto nuestro solo defecto, sino una cuestión de estructura, el éxito europeo de programas como el antiguo **Un, dos, tres** o el moderno **El precio justo** nos lo demuestra también. Y es que sin esos dos extremos, sin su feliz matrimonio, la televisión no sería lo que es: nuestra amiga, distante y frígida a veces, pero también calurosa y consentida.

# Francia en la memoria



Les représentants du peuple François, constitués en assemblée nationale, considérant que l'ignorance, l'oubli ou le mépris des droits de l'homme sont les seules causes des malheurs publics et de la corruption des gouvernements ont résolu d'exposer dans une déclaration solennelle les droits naturels, inaliénables et sacrés de l'homme, afin que cette déclaration constamment présente à tous les membres du corps social, leur rappelle sans cesse leurs droits et leurs devoirs, afin que les actes du pouvoir législatif et ceux du pouvoir exécutif, pouvant être à chaque instant comparés avec le but de toute institution politique, en soient plus respectés; afin que les réclamations des citoyens, fondées désormais sur des principes simples et incontestables, tournent toujours

**PAPERS de CULTURA**

Any II - Núm. 16

Suplement de PAPERS d'Educació

**Director:** Juan Manuel Játiva Sevilla

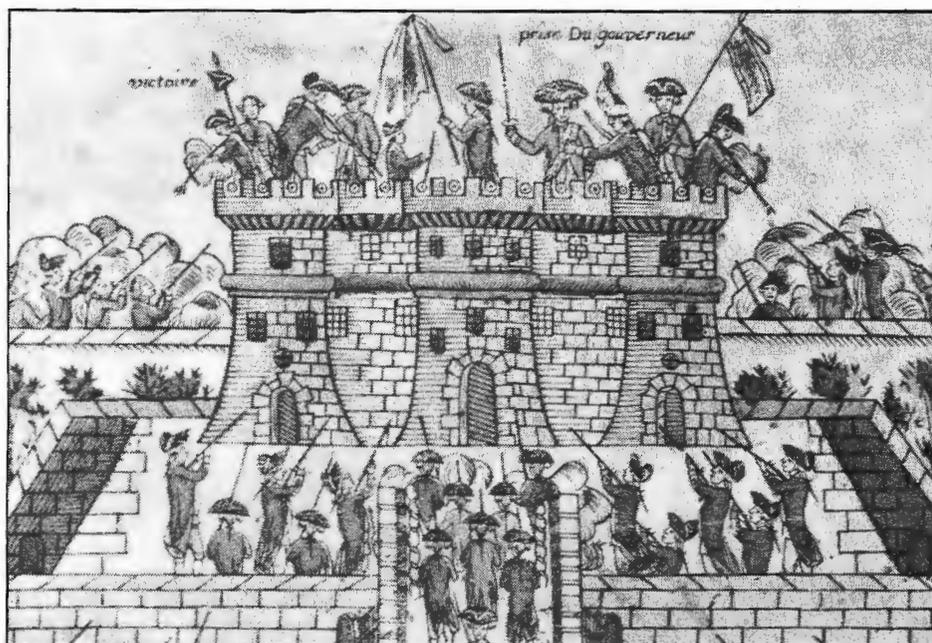
**Director adjunt:** Jorge García

**Directora d'art i d'edició:** Rosa Albero

**Fotografia:** Andrés Castillo

**Col·laboradors:**

Joan Álvarez, Gonzalo Badenes, Manuel Caballero, Juan Campos, Alfons Cervera, Elena Costa, Manuel García, Pepe Ginés, Encarna Jiménez, Fernando Larrauri, Víctor Mansanet, Julio Mániz, Rafa Marí, Enric Martínez, Sigfrid Monleón, Josep Vicent Monzó, Abelardo Muñoz, Ricardo Muñoz Suay, María José Muñoz Peirats, Jorge Navarro, Carlos Pérez, Toni Picazo, Criso Renovell, Josep Ruvira, Roger Salas, Vicente Sánchez Biosca, José Vicente Selma, Rodolf Sirera, Ferran Torrent, Xulio Ricardo Trigo.



Ante un verano bastante escaso en ofertas culturales, por lo menos el curso se despide con una notable actividad. En primer lugar, las artes plásticas: las apuestas de las galerías privadas coinciden con nuevas exposiciones en el IVAM, que ha retirado ya las muestras inaugurales y comienza su andadura natural. Hay un triple estreno: la obra gráfica de Eduardo

Arroyo (página 31), los enormes lienzos negros de Pierre Soulages (página 30) y las paradojas surreales de John Baldessari, con quien mantuvimos una entrevista (páginas 32 a 34).

Pero el plato fuerte de este número de PAPERS es nuestro particular recuerdo de la Revolución Francesa. Un recuerdo afectado últimamente por importantes revisiones historiográficas (páginas 14 a 16) y que empieza a reconocer el papel jugado por las mujeres en la Revolución (páginas 11 a 13). No hemos podido evitar, al mismo tiempo, una mirada entrañable y sentimental cultura francesa, que para muchos de nosotros fue alimento espiritual durante la noche de la dictadura (páginas 17 a 19).

La publicidad televisiva ha iniciado ya la campaña estival de dietas adelgazantes. Tal vez por eso, con el espíritu de contradicción que a veces nos anima, lanzamos nuestro homenaje a los placeres de la buena mesa, en un coctail que incluye un balance de las relaciones entre cine, gastronomía y jazz (páginas 35 a 37), y una mirada irónica a las modas de la gastronomía (páginas 38 y 39).

Las nuevas voces de la lírica valenciana, mayormente femeninas (páginas 41 a 43), se conjugan con las voces de las ondas radiofónicas (páginas 44 y 45), en una batalla renovada que enfrenta a la onda media con la frecuencia modulada, con ventaja de ésta. Sobre todas ellas, una voz que acaba de cumplir setenta años, en un insólito término medio entre la poesía de los objetos y la magia del azar: se trata, como es natural, de Joan Brossa (páginas 26 a 29).

En fin, la calle es la protagonista de nuestros espacios insólitos: la calle y esa nueva prole empeñada en ocuparla con atuendos ajenos a los dictados de la moda (páginas 21 a 24).

